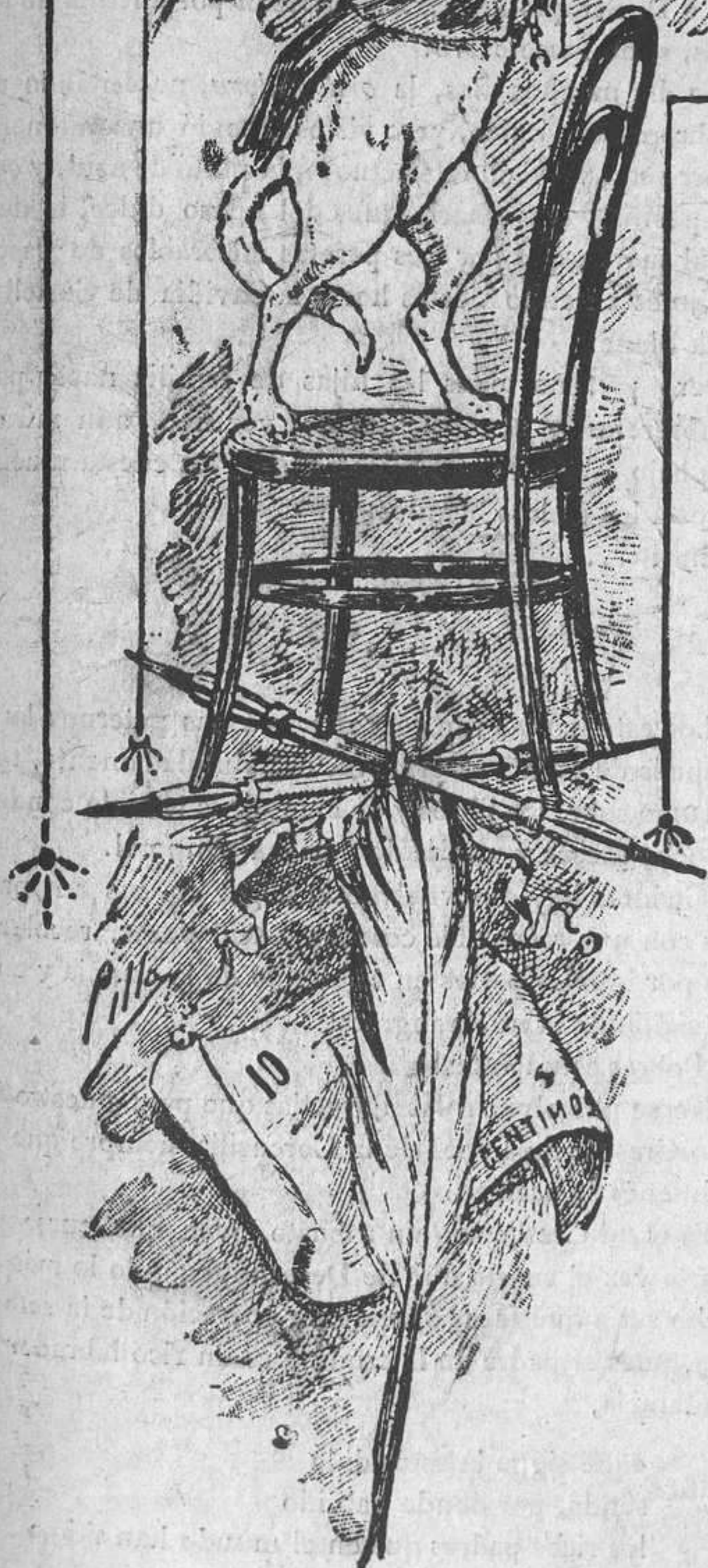


EL CASCABEL



Núm. 13. EPOCA TERCERA AÑO I.

SILUETAS, por Mecachis.



I. st.

Me gusta el verano, por ver á estas chicas, aunque me deshago siempre que las veo tan guapas, tan tiesas, tan dulces, tan ricas y tan... (no lo digo porque es algo feo).

REDACTORES

Bustillo (D. Eduardo). Paso (D. Manuel).
 Cavia (D. Mariano de). Pérez Zúñiga (D. Juan).
 Jackson Veyan (D. José). Sierra (D. Eusebio).
 López Silva (D. José). Taboada (D. Luis).
 Palacio (D. Eduardo de). Torromé (D. Rafael).
 París (D. Luis). Yráyoz (D. Fiacro).

COLABORADORES

Todos los buenos escritores festivos.

DIBUJANTES

Angel (D. Manuel). González (D. Melitón).
 Cilla (D. Ramón). Sáenz Hermúa (D. Eduar-
 do) (Mecachis).
 Escaler (D. Ramón).

Advertencia.—Queda prohibida la copia de los trabajos insertos en EL CASCABEL



El calor aprieta de verdad.

Algunos incrédulos lo niegan; pero no hay que hacerles caso.

Las familias pudientes se aprestan al viaje de placer, y no hay señora que no saque un riñón a su dulce esposo para los preparativos del veraneo, ni hija de familia que no acometa al condescendiente autor de sus tardes y sus mañanas, diciéndole mientras le acaricia la barba, si la usa, ú otra cosa cualquiera, si el padre no es barbudo:

—Papaito, ya sabes que necesito diez y nueve sombreros para emprender el viaje.

—Pero, hija—responde el padre,—tú no piensas que no vamos a Biarritz, sino a Valdelaplancha, que al fin y al cabo es un corral de vacas, aunque estéis vosotras allí.

—No importa, papá—replica la joven.—Todo menos que se burlen de mí las de Terroncillo y las de Pandere, como el año pasado. Ya te acordarás de que al sombrero aquel de las cebolletas entrelazadas le llamaban por mofa «el consecuente sombrero de la hija de D. Serapio». Y todo, ¿por qué? Porque le llevé a las eras tres días seguidos. ¡No hay más remedio que hacer un sacrificio, papá!

—Diez y nueve sacrificios, querrás decir,—añade el pobre señor,—porque cada miserable capotilla cuesta hoy día, no lo que no puede decirse, sino lo que no puede pagarse.

En suma: nuestro hombre anda dando sablazos al Verbo divino para que la niña lleve al pueblo la Quinta de la Esperanza, ó cosa así, encima del moño. Sombrero tiene la chica, dispuesta á lucirlo en las polvorientas calles de Valdelaplancha, que consta de armadura de apetitosa paja, sobre ella cuatro ranas naturales sosteniendo una planta de claveles dobles, y doce alcachofas alrededor, amén de varias cintas amarillas y verdes, que ignoramos la ganadería que representan.

—¡Qué felices son algunos padres!—decía ayer don Serapio, sacudiendo la maleta con una chambra de su cuñada.—¿Por qué mi hija no había de hacerse sus capotas como se las hace la esposa del ordenador de pagos?

Y á D. Serapio le sobraría la razón por encima de los pelos, si no fuese calvo.

No ha muchos días, la *ordenadora*, necesitando un sombrero económico, pero vistoso, cogió una ratonera, la forró con un visillo defectuoso, la pintó de azul, y con una peonía y tres albaricoques del hueso dulce, la dejó de tal suerte, que por tres pesetas miserables de gasto, de fijo está siendo á estas horas la envidia de Castellón de la Plana.

Pero ¡ay! no todas las hijas de familia nacen para sombrereras, y el caprichito del veraneo, aun mirado sólo bajo este punto de vista *capital*, les cuesta muchos duros á los padres blandos.

En fin... allá ellos.

Los estudiantes van regresando á sus paternos lares, después de pasar, ya efectiva, óra simuladamente, todo el curso sobre los libros y de cumplir la terrible condena de ocho meses y un día de patrona temporal.

¡Cuántos hay que vuelven al hogar de sus antepasados con una respetable cosecha de calabazas, recolectadas por iguales partes en el templo de la ciencia y en el domicilio de la novia ingrata!

¡Pobres estudiantes!

No se nos olvidan las angustias que pasa nuestro vecino Crescencio López de la Corcusilla siempre que los exámenes se acercan.

Es el tal Crescencio un robusto joven que cursa por cuarta vez el cuarto año de Derecho, cuando lo más derecho sería que fuese á dirigir la operación de la sementera, pues el padre de la criatura es un rico labrador de Andalucía,

«que sigue la escondida
 senda, por donde han ido
 los ricos padres que en el mundo han sido.»

Es decir, que se empeña en sacar un abogado de un adoquín, porque le consta que no es el primer caso.

Pero, lo que el chico dice:—¿Qué falta me hace á mí saber la Novísima Recopilación para andar por la dehesa?

Hace dos años le preguntaron en el examen si cono-

cía las leyes de Toro. No supo contestar, y su padre, indignado, le decía después:

—¡Hombre, te estrellaría!... ¡El hijo de un ganadero desconociendo las leyes de Toro! ¡Qué vergüenza para la familia!...

El año pasado le preguntaron cuál era la última pena, y el muy zopenco dijo que... la puntilla.

Para él, la pena verdaderamente expiatoria es el examen.

¡Cuántos hay como nuestro joven, que en estos días se dan sendos atracones de ciencia, sufren el cólico intelectual y, con el suspenso al hombro, se largan tan orondos á la dehesa de sus mayores, para descansar de las

fatigas del curso en la dulce compañía de los cabestros.

*
*

Real y verdaderamente no hay puntos importantes que tratar en estas columnas, hoy por hoy; en vista de lo cual, y no habiendo aparecido durante la última semana nuevas niñas mártires, ni incidentes de interés en causas *matutinas*, ó de matute, ni otras cosas dignas de mención especial, nos limitamos á consignar un punto que para nosotros es el más agradable de todos.

El punto final.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

EL DÚO FINAL

(SONETO)

—¿Que yo te abrí los ojos? ¡Embustera!
Si para la mujer que en veinte frisa
es una niña cándida Artemisa
y Merlin un bebé con chichonera!

—¿Que el alma me entregaste toda entera
respondiendo á mi afán con tu sonrisa!...

¿Que como esclava, dócil y sumisa
tu voluntad á mis antojos era!...

¡Así escribe el amor sus desengaños!
Primero ingratitud, después olvido,
graves injurias tras supuestos daños:
y aunque fuera verdad (que no lo ha sido),
desdenes, odio, cábalas, amaños,
¿de quién sino de tí los he aprendido?

MANUEL DEL PALACIO.

LOS NOTICIEROS

El oficio de periodista tiene muchas quiebras; además, Romero Robledo se ha declarado enemigo natural de la prensa, y sin embargo, hay una porción de jóvenes bien parecidos que tratan de meter la cabeza en las redacciones con el carácter de noticieros ó *reporters*, como se dice ahora.

¡Y cuidado si es fatigosa la existencia de estos chicos!

Yo los veo andar por ahí, con el chaleco desabrochado y los pelos en desorden, yendo y viniendo desde las Salesas á la redacción; de la redacción al juzgado; del juzgado al ministerio; del ministerio á Fornos...

—Desde que se ha iniciado el proceso Castro-Enríquez, no tengo un solo instante de reposo—me decía ayer un noticiero, enjugándose el sudor de la frente con el puño de la camisa.—Mire V. cómo llevo las botas.

—Sí; están bastante deterioradas.

—Pues las compré hace ocho días en un almacén de la calle del Tribulete; pero ya se han torcido los tacones. ¡Por fuerza! ¿No ve V. que no descanso?

—¿Y qué hay de eso?

—No se sabe nada. Ahora voy á ver á una verdulera, viuda, que está fuera de cuenta y no puede salir de casa. Me han dicho que conoce á la duquesa y que puede darme muchas noticias sobre el martillo con que martirizaban á la infeliz criatura.

Y el noticiero echa á correr calle abajo para ponerse al habla con la verdulera, que le recibe con malos modos, diciendo que la dejen en paz y que ella no conoce á ninguna duquesa ni á ningún martillo.

—Vaya, señá Gregoria, dígame V. la verdad—replíca el noticiero, tratando de captarse las simpatías de aquella mujer misteriosa y embarazada.

Pero ella insiste en su reserva, y el joven periodista tiene que abandonar el campo, no sin consignar en su cartera la siguiente nota:

«Gregoria Lechugón, verdulera, viuda, fuera de cuenta, negóse á declarar; pero es indudable que podrá dar mucha luz sobre el martillo. Es mujer taimada, morena, en relaciones con un matutero picado de viruelas; usa un perro de lanas color de castaña.»

No es necesario que haya crímenes estrepitosos para que el noticiero se mueva vertiginosamente y rompa el calzado por esas calles de Dios.

Aun en los días tranquilos, cuando no hay más acci-

dentes que los de las tabernas, donde suelen darse de puñaladas dos amigos cariñosos, el noticiero no descansa.

—¿Qué noticias hay?—se le pregunta.

—Estoy reventado—contesta él.—Vengo del hospital, donde está dando las boqueadas un pobre dependiente de una confitería.

—¿Le han dado alguna puñalada?

—No; se ha caído en la caldera del dulce de cabello... Ahora voy á ver si hay escándalo en una casa de la calle de la Gorguera. Todas las tardes, á estas horas, un marido le pega á su mujer con unas disciplinas y á él le llevan á la prevención y á ella la envuelven en una manta para que no se constipe.

—Pues, vaya V. con Dios.

—Dispense V. que no me detenga, pero estoy ocupadísimo. Hace dos días que no me desnudo. Lo más que hago es recostar la cabeza contra la mesa de la redacción para descansar un ratito. En fin, baste decir á V. que tengo novia y hace semana y media que no la veo; de manera que no disfruto de estas relaciones. Los que pertenecemos á la noble institución de la prensa, estamos privados del amor y de todo... Ea, abur.

Es indudable que el oficio no puede ser más ingrato.

Conozco un joven noticiero que ejerce sus funciones con celo desenfrenado y ni come á gusto, ni duerme, ni se corta las uñas, ni se lava el pescuezo.

—¡Pero hijo mío!—le dice su mamá.—Tú vas á acabar con la salud y con todo. No hay calcetines que te basten.

—Yo me debo al periódico—contesta él.

—Corriente; pero rompes muchísima ropa blanca. El otro día te has quitado unos calzoncillos con siete boquetes.

—Es natural. ¿No ve V. que hago mucho ejercicio? Sin ir más lejos, ahora me voy corriendo á casa de Gamazo, que se purgó ayer y tengo que averiguar si le hizo operación el medicamento; después iré á enterarme de cuántos albañiles se han caído hoy; en seguida visitaré á Isasa para que me diga si es cierto que está escribiendo una zarzuela...

—¿Vendrás á comer?

—Lo ignoro. Por si acaso, déjeme V. el cocido arriado al fogón, aunque lo probable será que hoy coma fuera, porque se inaugura una cacharrería en la calle del Sombrerete y estamos invitados todos los de la prensa.

—¿Llevas pañuelo limpio?

—No lo sé.

—Pues toma uno. No está bien que te vayas á sonar delante de Isasa y te vea esa porquería.

¡Ay! No sé cómo hay quien se dedique á la ingrata tarea de recoger noticias.

Y sin embargo, los directores de periódicos reciben todos los días cartas de recomendación en favor de muchos jóvenes inocentes que quieren dedicarse al *reporterismo*...

Compadezcámosles de todo corazón y pidamos al cielo que nos libre á nosotros de semejante manía.

LUIS TABOADA.

LA GRAN CIENCIA

I

Hace miles de siglos que existían todas las maravillas del progreso: luz eléctrica, trenes, pararrayos, todo lo que admiramos los modernos; telégrafo y teléfono tenían aquellos sabios de remotos tiempos, y bajaron al fondo de los mares, y en globo por los aires ascendieron. ¿Qué torre de Babel ni qué cominos? Treinta veces más alta, por lo menos, era la torre de cualquier iglesia que solían hacer en cualquier pueblo. ¡Hace ya tantos siglos!... En la historia ni aun siquiera se guardan los recuerdos de aquella edad, en que los hombres eran sabios, nobles, poetas y guerreros. Si un palacio tenían los señores, un palacio tenían los plebeyos. Magníficas ciudades, grandes vías, llenos de flores mil, parques inmensos, grandiosos lagos de azuladas ondas, terribles fortalezas, altos templos.

En fin, la ciencia humana llegar pudo al límite anhelado del progreso. Satisfecho el Señor de los mortales, dando sublimes muestras de contento, un tanto pensativo miró al mundo y «¡hombre, qué aplicaditos están esos!, dijo: han logrado convertir la tierra en una buena imitación del cielo. ¿Qué van á hacer ahora, si han llegado al alcance que tiene el pensamiento?» Clavó el Señor sus celestiales ojos en este bajo y miserable suelo, y sonrió con paternal dulzura y dijo al sonreirse: «Ya lo creo, ¡las mujeres que tienen son tan feas!... Angeles mandaré de rostro bello, de ojos azules y de frescos labios, de tez morena y de mirar de fuego.» Las mujeres hermosas, á este mundo entre azuladas nubes descendieron, y... horror... horror... lo sucedido entonces. Los hombres se olvidaron del progreso; dejaron á sus padres y á sus madres; hubo guerras civiles y hubo duelos;

ALEGORÍA, por Angel



El 21 de Junio.

NOVELA



Més, pasaba el día y la noche en la guardilla núm. 7, siempre cosiendo y cantando.



Y Arturo de Granzopenco pasaba la noche y el día en el principal de la misma casa, cantando, pero sin coser.



Es claro! En la escalera, se solían encontrar, y Arturo solía mirar hacia arriba, y...



Un día le paró los pies...

CORTA



Resultando al siguiente un aderezo en la guardilla.



Y después embarques y ejercicios de natación.



Pero al año, Inés cantaba en el principal de la casa,

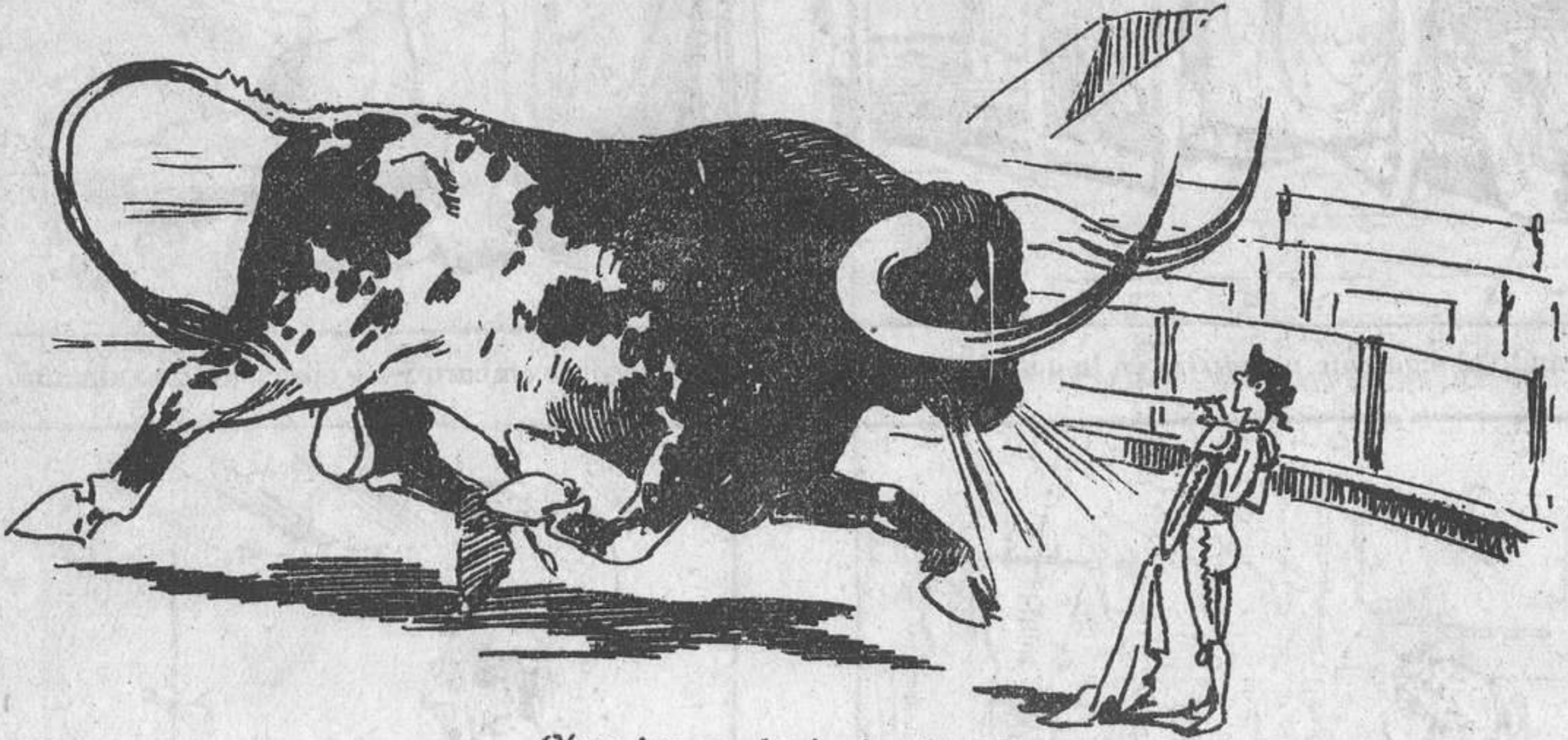


mientras Granzopenco se descosía en la guardilla, esperando que vaya alguna á seducirle.

Los toros y los toreros



Como los ven desde el tendido.



Cómo los ven desde el redondel.



Como son: los toros mansos y los toreros de invierno.

los sabios se tornaron ignorantes;
 los ingeniosos se tornaron necios;
 dejaron las ciudades por los bosques;
 dejaron el trabajo por los celos;
 y la tierra, infeliz, se vió poblada,
 de envidiosos, suicidas y usureros;
 las máquinas, titanes inconscientes,
 cayeron descuajadas hierro á hierro,
 y los grandes palacios y ciudades,
 con formidable estrépito cayeron.

II

Han pasado mil siglos y mil siglos,
 y después de un trabajo duro, lento,
 al fin podemos conseguir un poco
 de aquellos adelantos de otro tiempo.

Pero cuando por calles y por plazas
 hoy miro las mujeres, cuando advierto
 que éstas son más hermosas todavía,
 por los sabios de ahora siento miedo
 y sin poderme contener exclamo,
 movido de temores y de anhelos:
 ¡Señor, no mandes rostros tan hermosos
 y déjanos al fin que progreseemos!

.....

 Aunque también, mirándolo despacio,
 al ver algunas fealdades, pienso,
 que debe Dios dejarnos chicas guapas,
 aunque seamos siempre unos camuesos.

MANUEL PASO.

NEBULOSAS

AL SR. D. EDUARDO DE PALACIO.

Mi distinguido amigo: Debo á V. pública manifestación de agradecimiento y me apresuro á pagar.

Ha publicado V. en *El Heraldo* del sábado pasado un notabilísimo artículo, lleno de sinceridad y de atrevimientos inauditos en esta patria de valientes... de sainete, y ha tenido V. la benevolencia de sumar mi oscuro nombre al de literatos de tantos méritos como Nakens y Juan Vallejo, Bonafoux y Estrañi.

Úneme á los dos primeros la gratitud inagotable que debo á quien tanto y tanto ha hecho por mí: á Bonafoux una sincera amistad, y á Estrañi, á quien no conozco personalmente, la mancomunidad de opiniones políticas y literarias. Nada más, por desgracia mía, me relaciona con sus privilegiados cerebros.

Pero si al poner los puntos sobre las íes y rechazar la exageración de sus generosidades para conmigo, declaro que en nada me duelen el silencio y la hostilidad de los indocumentados, que con tanto gracejo V. llama nebulosas, por lo mismo que no soy parte en este litigio y que no han de atribuirse á obra de la mortificación mis opiniones, puedo conversar con V. un rato de nebulosas y aerolitos.

Cierto, ciertísimo, amigo Palacio, que las nebulosas de literatos son funestísimas por su origen (el caos más absoluto) y por los efectos de presencia de su *perversidad* ejercidos en las columnas de la prensa política generalmente; pero, ¿y qué me dice V. de los aerolitos desprendidos desde esa masa cósmica que se llama periodismo sobre el empobrecido campo de la literatura?

Esos sí que son inaguantables y nocivos.

Procedentes (por liquidación) del seno de un periódico se disputan genios, se atribuyen originalidad, agudeza ó travesura, y cuando más, sólo son pobres rapsodis-

tas de unas cuantas figuras que á mayor altura y con méritos propios les enseñaron, sin embargo, el camino del histrionismo militante.

Esos *cabayeros* son los que viven y triunfan. Cayeron desde lo alto con la verticalidad de su masa plomiza y todo lo agostan cuando no pueden usufructuarlo.

Escriben un librote, generalmente glosado sobre otro reciente de un verdadero escritor, y ellos mismos llevan é imponen á las nebulosas amigas de otros periódicos los artículos laudatorios de su propia obra.

Dedican con pomposos elogios sus libros á los críticos en boga; y si por acaso no obtienen el aplauso que con aquellos renglones han creído comprar, se revuelven airados y frenéticos contra quienes llamaban antes eminentes y egregios.

Y así, con este funestísimo procedimiento del bombo mutuo y del elogio recíproco, aislan y condenan á un ostracismo vergonzoso á los literatos de oro puro.

Usted notaba, y con razón, que los libros de Galdós, de Pereda y de Nakens son acogidos en silencio por las nebulosas... ¡En cambio yo recuerdo que se ha llamado heredero directo de Flaubert á... Fray Candil!

Aún no he leído un juicio crítico de «Angel Guerra» y se han consumido millares de resmas de papel para discutir ese adefesio de *Pequeñeces*.

Y observe V., que está de tal manera disuelto este procedimiento en el temperamento literario de nuestra época, que aquellos mismos que por sus condiciones peculiares y adquiridas debieran dar alto ejemplo de templanza, son los primeros en incurrir en los defectos que vamos señalando.

Clarín, que sin disputa es hombre de entendimiento no vulgar, ha enronquecido durante cuatro ó cinco años, proclamando la superioridad intelectual de Emilia Pardo Bazán, á quien declaraba no hace mucho tiempo «única» en España, hasta que por razones privadísimas, y rotas las relaciones editoriales que á ambos unían, se ha dedicado á sacar á plaza con especial satisfacción los

defectos y errores de la autora de *La cuestión palpitante*.

¿Qué significa esto, mi querido amigo, que no pueda interpretarse como signo de decadencia y de honda perturbación moral?

A los periodistas que, como V., tienen numerosos lectores sobre quienes influir poderosamente, corresponde la tarea de modificar tal estado de opinión. A los que

como yo, y perdone V. este rasgo inmodesto, sólo cifran su orgullo en decir claramente y sin distinguos cuanto piensan y cuanto creen, nos toca denunciar los abusos, con su nombre y señas particulares.

Comencemos.

De V. afectuoso y reconocido amigo,

LUIS PARIS.

HAZ BIEN...

I

Sin que por ningún pesar
vieran su dicha turbada,
en una choza situada
á orillas del ancho mar,
vivían Rosa y Facundo
como en un nido de amores,
y eran los dos pescadores
más felices de este mundo.

II

Una noche, del abismo
honda convulsión surgió,
y, airado, el viento zumbó
presintiendo el cataclismo;
dando rugidos violentos,
el mar se agitó iracundo
como si en su antro profundo
lucharan los elementos.

Retumbó en la inmensidad
la tormenta; tembló el monte,
y en el lejano horizonte
estalló la tempestad.

.....
Voces de ¡auxilio! y ¡favor!
lanzadas por gente extraña,
llegaron á la cabaña
de Facundo el pescador,
partiendo de una barquilla
que con las olas luchaba,
y, haciendo esfuerzos, pugnaba
por acercarse á la orilla.

Cuando le faltaban pocas
brazas, ya para atropar,
un fuerte golpe de mar
la estrelló contra las rocas.

Entonces, llegó Facundo,
y con ánimo esforzado,
arrojóse denodado
en medio del mar profundo.

Luchó valeroso y fuerte,
y al fin coronó su empresa
arrebatao una presa
de las garras de la muerte.

Ganó la orilla lijero,
con el traje hecho pedazos,
y llevando entre sus brazos
á un infeliz marinero.

Como es un hecho probado
que con hacer bien se goza,
Facundo albergó en su choza
al marinero salvado,

y le curó de tal modo
las heridas que llevaba,
que al mes, el náufrago estaba
restablecido del todo.

.....
Una tarde, al declinar
el sol en el Occidente,
cuando su pálida frente
comenzábase á ocultar,
volvió Facundo lijero
del trabajo, á su morada,
y... ¡halló á su esposa adorada
en brazos del marinero!...

III

Esto viene á demostrar
que es conveniente hacer bien,
pero hay que mirar á quién
por lo que pueda tronar.

MANUEL SORIANO.



Solución al jeroglífico del número anterior:

EL MÁS NEGRO DE LOS NEGROS ES BLANCO SI ES COBARDE.

*
**

Para cada Dulcinea con uñas, sale un Quijote con dientes.

Un Quijote que quiere desfacer agravios y redimir cautivas doncellas (!!).

Lo peor será que pretenda con su galantería *ser acometido y forzado*, y resulte con la rubicunda faz arañada, como le sucedió al verdadero *andante* en casa de los duques.

Porque casi todos ellos suelen tener gato encerrado.

*
**

Por doquier vamos, oímos lo mismo:

—El honor, la honra del hogar.

Pero consuélense los que preguntan por ella; ya saben lo que dijo Sellés:

«se va á la cárcel conmigo.»

Y siempre ocurre lo mismo con la honra.

Sobre todo, cuando la hay.

Aunque *si bien se considera*, no debe extrañarnos que algunos *pollos* discutan y vociferen acerca del honor.

¡Ese afán, innato en el hombre, por hablar de lo desconocido!...

*
**

Leemos:

«D. F. de T. *ha servido con la mayor esplendidez* el entierro de la señora de Buschental.»

A este paso encontraremos cualquier día rótulos del tenor siguiente:

THE FUNERAL

Coches mortuorios y refrescos ingleses.
Se sirven cenas en gabinetes independientes,
para las familias de los finados.

*
**

En París han detenido á un antropófago que se comía trozos fritos, de sus mismas pantorrillas.

Es un procedimiento como otro cualquiera para no ser víctima de los carniceros y para conocerse á sí mismo.

Así podría apreciar cada cual si su carne sabía á toro, á gallina ó á senador vitalicio.



Norman.—Toledo.—No está bien versificada, y lo siento; porque es ingeniosa y tiene gracia.

Un seudónimo.—«Confiado en el sí que me darías, mi corazón se estuvo alimentando de esperanzas que más tarde ya veía convertidas en fatales desengaños.»

Me parece que en los dos últimos renglones sobran dos sílabas; á una *por barba*.

Caloyo.—Canta usted al alba, *Caloyo*, como cantarle pudiera cualquier desplumado *poyo*.

Fray Caracol.—No sólo es vulgar, sino larguísima. Ya ve V. *que son dos males á un tiempo*.

Sr. D. R. S. A.—Madrid.

«Suegro, es V. un miserable.»

¿Sí? Pues deje V. de mandarme composiciones malas, ó me pierdo.

Sr. D. P. R. R.—Madrid.—Pues yo creo que ni es poesía, ni verso siquiera. Cuestión de opiniones.

Un señor colegial.—Veamos:

«lo cual te dará á entender, que el maestro en su oficina se hace mucho de valer por mor de la disciplina.»

¡Demonio! ¡Qué malo es eso! Me explico que su maestro descargara sobre V. todo el peso de la disciplina.

P. P. T.—Estoy conforme; pero más vale lo malo conocido, que lo pésimo sin conocer al autor.

Sr. D. F. T.—Madrid.—Suma y sigue:

«Yo subí al Parnaso un día y en medio estaban las ninfas que bailaban á porfía.»

Y sin duda se inspiró V. allí para escribir esos versos; porque hay que leerlos también bailando el petaco.

Canutillo.—¡No por Dios! No diga que ese estilo es de Espronceda.

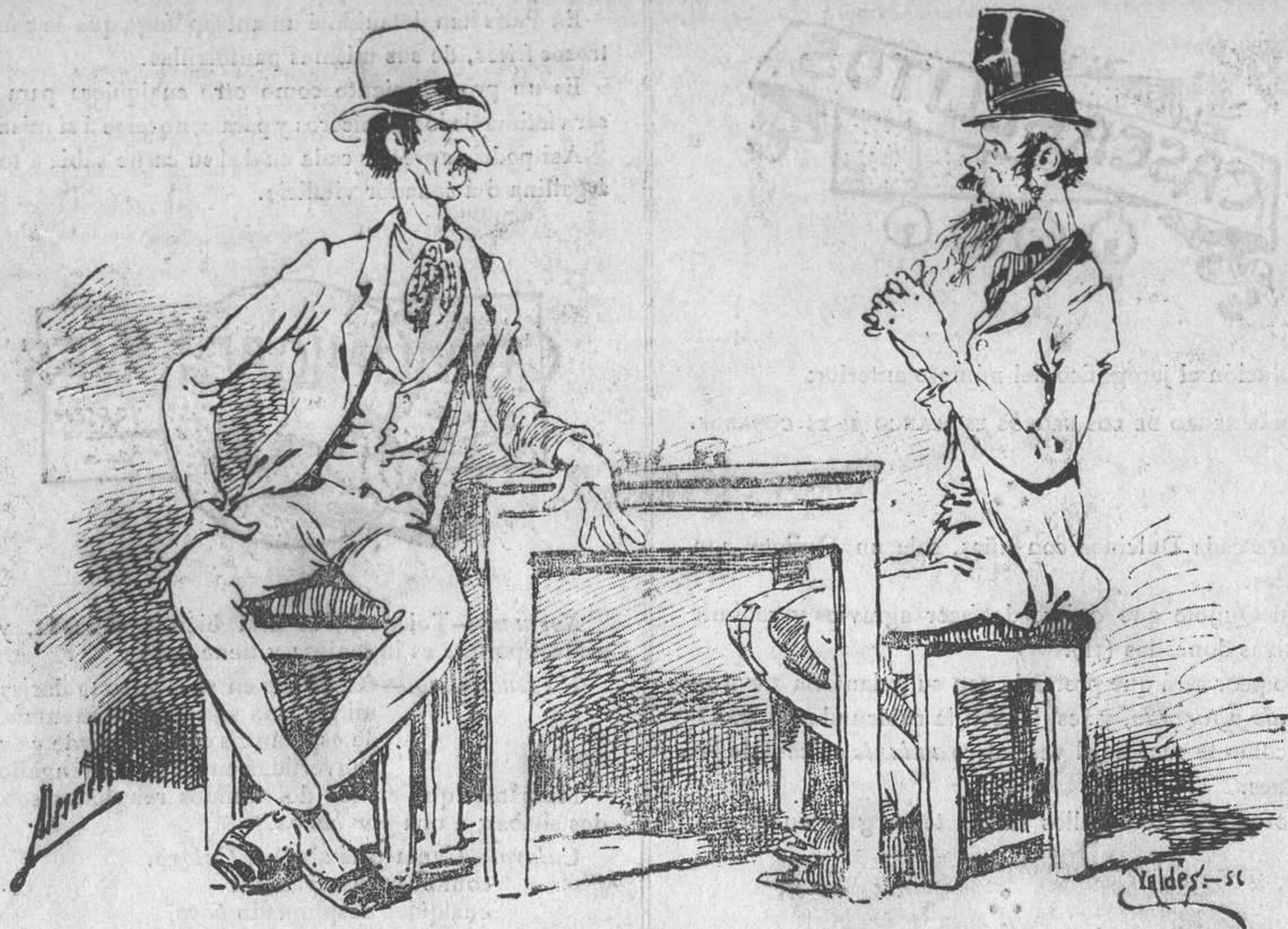
Tres Pingueiras.—Esos pensamientos están ya muy traídos y llevados. Y bien, para mayor dolor.

A. E. I. O. U.—Con reformas, sí. ¿Qué le parece?

N. Migo.—Verdaderamente lo es V. irreconciliable de la gramática.

Sr. D. N. A.—Badajoz.—Están á su disposición.

VIUDA É HIJOS DE LA RIVA, impresores, calle de San Isidro, 6 duplicado.—Teléfono 260.



—Si señor, V. siempre ha mentido á boca llena.
—¿A boca llena? ¡Ay, ojalá hubiese sido tan malvado!

ANUNCIOS

EL CASCABEL

SEMANARIO SATÍRICO ILUSTRADO

Se publica todos los jueves y está redactado e ilustrado por los mejores escritores y dibujantes españoles.

Precios de suscripción en toda España: Trimestre, 1'50 pesetas; semestre, 3; año, 6.
Extranjero y Ultramar: semestre, 6; año, 10.
Precios de venta: Número suelto ó atrasado, 10 céntimos.

A vendedores y corresponsales, 6 céntimos.
A los señores corresponsales se envían las liquidaciones á fin de mes ó de trimestre, según la cuantía, y se suspende el paquete á los que no paguen antes del día 10 del mes siguiente.
No se admiten suscripciones por menos de un trimestre, y las de fuera de Madrid, así como los números atrasados, no se servirán si al pedido no se acompaña su importe en letras, libranzas ó sellos de franqueo.
Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle de San Isidro, 6 dup.º

(Teléfono 260.)

Horas de oficina: todos los días de 10 á 5.

PUNTO CENTRAL DE SUSCRIPCIÓN

LIBRERÍA DE DON FERNANDO FE

Carrera de San Jerónimo, 2.

EL ÁGUILA

GRAN BAZAR DE ROPAS HECHAS

3 — Preciados — 3

CARLOS PRAST

CONFITERÍA Y ULTRAMARINOS

8—ARENAL—8

(Teléfono núm. 283.)

PERFUMERÍA FRERA

Primera casa en perfumería fina, peines, peinetas de concha, marfil é imitaciones; cepillería fina y demás objetos de tocador.—Especial en blancos y tintes.

1, Carmen, 1, Madrid

¡Á VESTIRSE BARATO!

Trajes á medida de 25, 30, 35, 40, 45 y 50 pesetas, á escoger género. Sastrería de Francisco Sánchez,

10—Plaza Mayor—10

DOLOR DE MUELAS

Le cura sin operación

CALVO, DENTISTA

Caballero de Gracia, 30, pral.

¡Puñaladas en mi puerta!

¡Cielos, qué será de mí!
Dos hombres se están matando por comprar una cama en el Bazar,

Plaza de la Cebada, 1

(Esto no es verso, pero suele ocurrir de cuando en cuando.)

CONFITERÍA ROLDÁN

Esta casa ha recibido objetos de novedad para regalos de días. Las bandejas de dulces llevarán como centro un objeto con flores naturales. Nuevo modelo en porcelana para bodas. Porcelana de Sevres.

35—Carretas—35

¡Verdadera ganga!

En el mejor punto de los Cuatro Caminos se vende, muy barato, un hotelito de recreo.

Darán razón en la Administración de este periódico.